

Hombres, ideas y libros

El "Napoleón IV", de M. Rostand

Burdeos, Setiembre.

ESTA nueva obra teatral de Mauricio Rostand ha provocado gran agitación en la prensa de Francia y no poca indignación en la de Inglaterra. Y aunque algunos críticos reconocen que es una pieza buena y emocionante—tal vez la mejor de las escritas por Rostand—los diarios de París y de provincias no cesan de protestar de que este autor haga responsable a la reina Victoria de la muerte del príncipe Luis Napoleón.

Conviene recordar que después de Sedan pasó a Inglaterra, acompañando en el destierro a sus padres. Al fallecimiento de Napoleón III el Príncipe entró en la escuela militar británica de Sandhurst. Según la obra de Rostand, la emperatriz Eugenia no estaba muy cerca de él preocupada del recuerdo de su marido y de su trono perdidos... Dicen que fué entonces cuando el cadete imperial esbozó una aventura amorosa con una jovencita inglesa, que ignoraba la alta calidad de su amigo. Vino a conocerla tarde: cuando le dieron la noticia de su muerte...

Poco después de ser nombrado oficial de caballería del Ejército británico, partió para Africa del Sur. En esa época se combatía contra los zulúes. Cierta día salió en reconocimiento, formando parte de una patrulla comandada por el teniente inglés Carrey. El grupo de jinetes hizo alto en un sitio desierto, al parecer libre de enemigos. Confiados, echaron pie a tierra y

mientras unos arreglaban o revisaban sus sillas y otros encendían sus pipas y se recostaban en el pasto, el Príncipe empezó a levantar el croquis del terreno. No alcanzó a terminarlo... De súbito apareció entre las yerbas altas de la exuberante vegetación africana, una banda de zulúes armada, compuesta de negros horribles y jetones que parecían desertores del Infierno.

Los jinetes ingleses, con el jefe a la cabeza, sin pensar lo que hacían, saltaron sobre sus sillas y huyeron... huyeron a la desbandada, sin preocuparse los unos de los otros. El que tenía de la brida el caballo del Príncipe, lo entregó precipitadamente a su dueño, apretó espuelas y, de unos cuantos saltos de galope, alcanzó a sus camaradas. El caballo de Napoleón, inquieto de verse solo, nervioso de sentir correr a los del pelotón, como buen representante de la sangre inglesa de carreras, se lanzó detrás. Su jinete no soltó las riendas y corrió al lado del animal, pretendiendo montar de un salto. Imposible... Las crines estaban tusadas y la correa del pretal se cortó al tomarse y pretender montar a caballo.

Y cayó al suelo...

Su cabalgadura siguió corriendo y relinchando, las riendas sueltas, las estriberas batiéndole los flancos, hasta reunirse a la patrulla. Napoleón se levantó y, sable en mano, se echó sobre sus enemigos... Fué inútil su heroísmo. Las lanzas de los zulúes, en unos cuantos segundos, mataron una gran esperanza monárquica de Francia...

La conducta del teniente Carrey, comandante de la patrulla de exploración, indignó a Inglaterra y, especialmente, a los oficiales del Ejército. Esta indignación se tradujo en un consejo de guerra que lo condenó a muerte. Mas la reina Victoria lo indultó a pedido expreso de la Emperatriz Eugenia, la propia madre de Napoleón IV... Pero de todos modos el Destino se encargó de cumplir la sentencia: Carrey murió días más tarde en forma misteriosa. Para muchos fué un suicidio para escapar del reproche atroz de la opinión pública inglesa; para otros, un asesinato.

Sea lo que sea, hoy revive este drama humano en la obra de Rostand. Revive en medio de las protestas de la prensa inglesa. Dice que es una injusticia y una calumnia del hijo de un gran dramaturgo. Que la emperatriz Eugenia, que adoraba a su hijo y por quien llevó luto hasta su muerte, vivió íntimamente ligada a la reina Victoria, en una amistad sincera, desde los días brillantes del Segundo Imperio. Y que por su parte, la reina de Gran Bretaña y ella se oponían a la partida para Africa del Príncipe imperial.

Los diarios franceses atacan a Rostand, porque con su obra pone en peligro la estrecha amistad franco-británica. Pero el director de la «Puerta de San Martín», de París, donde se ha representado últimamente «Napoleón IV», declaró en defensa del autor que esta pieza, cuya acción se desarrolla en 1879, pinta los sentimientos franceses de acuerdo con los ingleses de esa época, y no los actuales de ambos pueblos...

OLEGARIO LAZO BAEZA.